



Museo

C A M P U S

ISSN 2362 - 2652

Cultura en Red

Año VI, Volumen 10, Diciembre 2021



UniRío
editora



MUSEO DE LA
UNIVERSIDAD
NACIONAL DE
RÍO CUARTO
CAMPUS

En línea desde 6 de diciembre 2015. UNIRIO –

Electrónico ISSN 2362 – 2652 <http://www2.hum.unrc.edu.ar/ojs/>

Marcelo Martín, <https://orcid.org/0000-0002-7205-9605>. Todos a escena. Una selfi reciente de lo que pudo ser en la cultura y el patrimonio. Revista Cultura en Red, Año VI, Volumen 10, diciembre 2021: 129 - 132. En línea desde 6 de diciembre 2015. ISSN Electrónico 2362 – 2652
Link Cultura en Red: <http://www2.hum.unrc.edu.ar/ojs/>
Creative Commons, Reconocimiento no comercial, compartir igual 4.0, Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

**TODOS A ESCENA.
UNA SELFIE RECIENTE DE LO QUE
PUDO SER Y ES EN LA CULTURA Y
EL PATRIMONIO**

**ALL ON STAGE.
A RECENT SELFIE OF WHAT
COULD BE AND IS IN CULTURE
AND HERITAGE**

Marcelo Martín
Universidad Pablo de Olavide. Sevilla,
España
<https://orcid.org/0000-0002-7205-9605>
gumino54@gmail.com



Resumen

La pandemia de Covid19 planteó una escena singular en el mundo y en la cultura en particular. Los encuentros digitales, los museos y los patrimonios regionales son tres aspectos de ese nuevo

panorama del cual el autor se cuestiona sobre el futuro de cada uno y la necesaria atención que los pueblos y patrimonios territoriales necesitan con diferencia del resto.

Palabras clave: pandemia; virtualidad; museos y patrimonios territoriales; futuro.

Abstract

The Covid19 pandemic posed a unique scene in the world and in culture in particular. Digital encounters, museums and regional heritages are three aspects of this new panorama of which the author questions about the future of each one and the necessary attention that the towns and territorial heritages need with difference from the rest.

Keywords: pandemic; virtuality; museums and territorial heritage; future.

A principio de esta pandemia, cuando el confinamiento era muy potente y nadie se replanteaba ni la economía, ni la saturación de los hospitales, el mundo vivió una situación de silencio, soledad y asombro que no habíamos tenido en ninguno de los demás desarrollos de

enfermedades virales del presente mediato.

La naturaleza había recuperado sitios, los animales podían vagar libremente por ciudades menores, los pájaros hacían sentir sus cantos y arrullos y la humanidad, o gran parte de ella, miraba azorada un mundo sin ellos ni su frenética actividad. En el principio fue la quietud y la inconciencia del impacto.

Tímidamente salimos a los balcones, a ver el mundo allí sin nosotros, a vernos entre nosotros, y tímidamente bajamos con nuestros perros a dar un paseo y sólo nos alteramos por el sonido de las ambulancias o los aplausos que poco a poco se hicieron presencia sonora de nuestra incapacidad de asumir qué estaba pasando.

Hace de todo esto más de un año. Regresaba a España de la Argentina con la imagen tremenda de ciudades vacías y, aún más, aeropuertos enormes como Ezeiza y Barajas sin aviones, sin personas y todo absolutamente cerrado. Visiones fantasmagóricas de una película de ciencia ficción. No me hubiera extrañado que el taxista fuera Will Smith.

Volví de Madrid a Sevilla en mi auto, por una carretera absolutamente desierta. Sólo vi un camión y un auto de la guardia civil

en una gasolinera a la que tuve que acudir por razones obvias. Fue una brutal dosis de sentir que el mundo estaba detenido.

Sólo pensé en lo saludable que era que los humanos estuviéramos encerrados, que no polucionáramos, que no hubiera autos en las carreteras y los animales y las plantas recuperaran su espacio vital. Sueño de una noche de verano. No faltó mucho tiempo para que se desatara el horror.

Hemos visto el caos sanitario, el derrumbe de las economías regionales y nacionales, el negacionismo y el auge de una renovada barbarie fascista, autoritaria y supremacista. La incapacidad de políticas ineficaces preocupadas por el dinero y ausentes del asistencialismo más primario y necesario. Los bancos y las farmacéuticas soñando con su agosto.

Un nuevo fin de siglo que se debate entre la necesidad de recuperar la cordura y la resiliencia y un afán de inconsciente diversión que borre toda responsabilidad por el dolor propio y ajeno. Esto no es más que una visión dicotómica transitoria y necesaria para poder plantear algunos temas en su dimensión más realista posible.

¿Qué lugar ocupa el concepto de patrimonio cultural en este desmadre de intenciones encontradas entre lo urgente,

lo necesario, lo social y lo económico productivo?

En el principio fue el verbo. La palabra hablada y escrita, entre humanos reales y en sus redes de comunicación virtuales y analógicas. Una brutal confinación física y emotiva que busca cauces para su expresión sincera, materialización sensitiva y disfrute táctil.

Más de un año de vicisitudes de todo tipo y gradientes según el lugar que cada humano tiene en este mundo injusto y globalizado.

El patrimonio cultural como parte de la cultura en general recupera su atención sólo en la medida de su importancia como factor económico y de rentabilidad para las economías nacionales y regionales. Al menos yo soy escéptico de preocupaciones de conservación ya que la ausencia de público no haría más que beneficiar su permanencia, y su protección podría ejercerse con actividades e inversiones mínimas si esto fuera eterno.

Por tanto, no es el patrimonio material el que está en peligro inminente. No así los aspectos inmateriales y el patrimonio vivo. Son las personas y los pueblos los que deben preocuparnos. Aunque no más que todos los habitantes del planeta

marginados, pobres, carenciados, desplazados y lejanos de todo apoyo institucional sanitario y socioeconómico.

Hay tres escenarios que llaman mi atención sobre el estado general:

La escena virtual y la super inflación de encuentros, webinarios, cursos, visitas virtuales, charlas, y encuentros por medios electrónicos que parecen ser un fin en sí mismo, que con su existencia y preocupación por el tema (patrimonio cultural) mitigan ya nuestra consciencia y la ausencia de la necesaria presencia física y real de las autoridades para con los pueblos que sostienen ese patrimonio.

Los museos como entidades presenciales en la vida cotidiana alterada y sus posibilidades ciclotímicas de convocar a una realidad sensible de cercanía entre el patrimonio descontextualizado pero real y sus implicancias y los afectos culturales de una población aburrída de falta de actividad.

Y por último la escena de los patrimonios menores, micro-regionales, cercanos, tangibles y que empezaban a ser materia de diversidad de recursos y posibilidades para los ciudadanos que los sostienen y dan sentido y que ven que sus luchas y esfuerzos se retrotraen a tiempos inmemoriales de ninguneo y atención

desmedida por los sitios mundiales y famosos.

Hasta hace nada, el 89% de todos los bienes del Patrimonio Mundial estaban total o parcialmente cerrados. Los museos y otras instituciones culturales siguen perdiendo millones de dólares en ingresos cada día. Los artistas y profesionales *ad hoc* de todo el mundo no pueden llegar a fin de mes, y no se ve mejora cercana.

Pero llegó no obstante la ciencia, que se mueve al ritmo del dinero, que se retardó años para vacunas del tercer mundo, y en un año y nada tuvo no una, sino cinco o seis versiones de vacunas para acabar con el drama: la gente debe volver a tomar cerveza en los bares y consumir sino, estamos listos.

Abren los museos con exposiciones temporales, tienen sus actividades restringidas pero el público responde. Las actividades virtuales de la primera escena han llegado para quedarse, la oferta de formación y encuentros se dispara y se intuye que esto ya formará parte de la realidad. Es más rápido, económico y rentable.

¿Se levantarán del desastre las economías regionales menores? ¿Volverá la gente a utilizar su automóvil para ir a un pueblo a comer, visitar la casa del escritor, comprar artesanías, huevos y embutidos caseros como antaño?

En este territorio la recuperación será más lenta, como siempre pasa con los incendios y los terremotos que no suceden cerca de grandes metrópolis, que van siendo olvidadas por las televisiones y los medios de comunicación escrita. Como tanto lugares devastados por una catástrofe que 20 años después siguen esperando, como Penélope, que el capital también llegue a sus costas.

Y vuelta a empezar, sacando fuerzas de la misma barbarie, empiezan a reconstruirse como “polos de desarrollo comarcal” “nuevos destinos turísticos de naturaleza y cultura” y decenas de frases hechas que nos devuelvan a nuestros pueblos el lugar que habíamos alcanzado.

Todo pasa y todo queda, dice el poeta. En un año más veremos estas escenas congeladas en la tele como las últimas imágenes de los primeros 20 años del siglo XXI.

Recibido: 23 de julio de 2021.

Aceptado: 2 de noviembre de 2021.